

LAS GRANDES ETAPAS DEL PENSAMIENTO OCCIDENTAL. ENSAYO E INTERPRETACION HISTORICO—FILOSOFICA

Arnoldo Mora Rodríguez

Tres son los ingredientes esenciales que han contribuido a formar lo que llamaremos “el pensamiento occidental”, a saber, la racionalidad griega, el ideal ético bíblico y el método científico moderno. Entendido en este sentido estricto, el pensamiento occidental no comienza a adquirir un perfil definido sino a partir del siglo XIII, en el que, junto a la tradición cristiana —de marcado sabor agustiniano— y a la metafísica de origen platónico aristotélica comienza a despuntar la tendencia experimental que dará nacimiento más tarde al método científico. Los siglos que le preceden aportan los elementos básicos, sobre los que se edificará nuestra actual cultura. La luminosa racionalidad de los pueblos mediterráneos (“lógica” para los griegos, “jurídica” para los romanos) funda, sobre el principio de evidencia, el concepto de ciencia como saber universal y necesario, cuyo ideal es la geometría. Clásica por excelencia, la mentalidad mediterránea hace del ideal formal del equilibrio y la armonía, la expresión suprema de lo humano. Prioritariamente “visual”, la cultura mediterránea dará más importancia al espacio que al tiempo, enfatizará con mayor ahinco lo lógico que lo histórico, lo formal por sobre lo real.

Marcadamente histórica y existencial, la mentalidad bíblica pondrá su énfasis en las exigencias de justicia y de amor y verá en el hombre un “animal ético”, más abrumado por la responsabilidad que admirado por la belleza. Oscilando siempre entre la precaridad e indigencia del que se vive como pecado, y la esperanza del que camina como peregrino; sintiéndose a la vez “rey de la creación” y nada frente a su Dios, el hombre bíblico solo aspira a su plena liberación, gratuita y responsable.

Romántico y pragmático a la vez, el hombre nórdico aportará, finalmente, a los ideales lógicos y escatológicos de la antigüedad la eficacia práctica de que éstos carecían. Carnal e idealista a la vez, lírico y materialista por igual; tan apegado a la tierra como desesperado frente a ella; enraizado en el presente y proyectado al futuro, el germánico dará el sentido de funcionalidad que necesitaban los altos pero rígidos ideales de la antigüedad.

Estas tres corrientes espirituales emergen a la luz de la historia en forma clara a partir del Siglo XIII, porque no fue sino hasta entonces que se dieron las condiciones materiales y políticas que hicieron que la cultura occidental llegara a su plena autoformación. Causas de orden interno y externo habían hecho que la cristiandad medieval estuviese hasta entonces, con un sentido heroico no exento de miedo, encerrada dentro de las murallas y armaduras que había construido para protegerse del exterior y

encontrarse a sí misma a la vez. Desde el punto de vista interno, el total derrumbamiento del Imperio Romano (que para los intelectuales de la época revistió no pocos visos de Apocalipsis) y la invasión de los pueblos germánicos desbordó el marco cultural, político y religioso de la Antigüedad, configurado preferentemente alrededor de la cuenca del Mediterráneo. Desde el punto de vista externo, un nuevo, poderoso y feroz enemigo se hizo presente en el movimiento religioso—militar suscitado por Mahoma entre los pueblos árabes. Más de cinco siglos tardaría el Occidente para poder afrontar con éxito ese doble reto de la descomposición interior y de la amenaza externa. El golpe de gracia, el espaldarazo definitivo de la madurez de la cultura occidental lo darán las Cruzadas, cuyos frutos e influencia se harán sentir ya desde la segunda mitad del siglo XII, pero tomarán su ritmo ascendente definitivo a partir de mediados del siglo XIII. Desde este momento podemos hablar de cultura occidental en el sentido moderno de la palabra.

Para comprender el desarrollo de los grandes jalones que han constituido la historia cultural de la civilización occidental hasta el presente, he adoptado un esquema dialéctico. En tratándose del tiempo, los esquemas interpretativos de carácter mecanicista aplican modelos rígidos, incapaces de tomar en cuenta toda la complejidad de lo real—temporal, sujeto en virtud de su naturaleza ontológica a un constante devenir. Ahora bien, para mí son igualmente mecanicistas los esquemas interpretativos de tinte idealista, como los de carácter materialista. Ambos simplifican abusivamente los hechos reales y se enmarcan dentro de un cuadro lógico, donde una rígida causalidad, sea ésta puramente formal (idealismo), sea ésta eficiente—antecedente (materialismo), nos ofrece una explicación más aparente que real. La historia no es un discurso lógico (idealismo) ni un análisis explicativo en virtud de una causalidad eficiente (materialismo), sino una interrelación creativa y existencial, en la que las esferas material y espiritual se autofecundan, sin que nos sea permitido hablar de una prioridad lógica o cronológica de una respecto de la otra. Toda auténtica concepción dialéctica enfatiza la simultaneidad sobre la sucesión y ve en la unidad no una reducción de lo simple a lo complejo, sino el resultado de una tensión dinámica de los elementos opuestos pero complementarios. Emergencia de lo radicalmente nuevo, el ser, concebido como temporalidad e interpretado como dialecticidad, solo puede concebirse como una unidad que se busca en y a través de la diversidad, como una multiplicidad convergente, como una universalidad individualizante, como particularidades abiertas, como generalidades concretas.

De lo anterior se desprende que el orden que a continuación seguiré debe verse con una rigidez que obedece más a razones de orden expositivo, que a esquematizaciones de alcance ontológico. Valga recordar, ahora más que nunca, que el orden lógico y el ontológico no siempre coinciden, ya que lo real no solo es geometría sino también imaginación. Por eso, la verdadera filosofía busca más bien crear que explicar o, más exactamente, crear explicando y explicar creando.

Fundándome en los principios arriba expuestos, he forjado el siguiente esquema interpretativo. Los fenómenos históricos revelan una doble dimensión, la que llamaré “material” y que expresa el ámbito de las necesidades vitales; y la que llamaré “espiritual” y que refleja la búsqueda de los valores absolutos. Abstracta y concreta a la vez la primera, su horizonte lógico y ontológico lo cubre, a guisa de principio básico, el instinto inercial de conservación. Existencial al mismo tiempo que racional, la dimensión “espiritual”, partiendo de la experiencia existencial de la nada, no acepta para sí misma otra ley que la angustiada libertad de la imaginación creadora. Ambas, que sin embargo, adquieren su densidad la una frente a la otra, haciendo que la primera dé contenido a la segunda, y ésta forma a aquella.

Cuatro son las edades en que he dividido la historia de la cultura occidental a partir

del siglo XIII. La primera abarca del siglo XIII al XIV; la segunda los siglos XV al XVIII; la tercera los siglos XVIII y XIX y, finalmente, la cuarta y última, en la que estamos todavía y que no comenzó sino a finales del siglo pasado.

Consecuencia inmediata de la autofirmación provocada por las cruzadas, la primera época del hombre occidental puede compararse con su primera infancia, protegido a la vez por el padre (Dios) y la madre (Iglesia), sólo busca expandirse, luchar contra quien lo ha tenido cercado por siglos (el Islam). A nivel material se da aquí una búsqueda delirante de conservar la vida. Los largos siglos de enmurallamiento lo llevan a luchar desesperadamente por vencer los obstáculos que impiden su expansión. El instinto de conservación de la vida se da aquí a un nivel agresivamente puro. En su esfuerzo por dominar las fuerzas naturales predomina la fuerza física, que engendra en él una actitud desesperada que lo hace oscilar entre la brutalidad más feroz y los arrobamientos místicos más encumbrados. A nivel científico, se impone definitivamente el racionalismo esencialista de la física de Aristóteles, interpretada con un subconsciente de teólogo más preocupado por comentar un texto considerado inmutable que por verificar o corregir su contenido.

En cuanto a la esfera espiritual, esta primera época de occidente, aporta como fruto mayor la autonomía definitiva de la razón. Gracias al descubrimiento de la metafísica de Aristóteles en la segunda mitad del siglo XII, la razón adquiere su mayoría de edad, dándose a sí misma su propio lenguaje y creando el marco lógico a priori de su propia esfera. Las categorías metafísicas de los grandes sistemas escolásticos permiten a la razón afirmar su propia autonomía y dar un vuelo especulativo al pensamiento que hasta entonces solo había conocido la antigua Grecia. A nivel político—religioso esta recién descubierta autonomía de la razón provoca el cuestionamiento crítico de la hegemonía de la Iglesia en el orden temporal. Creada por razones apoloéticas frente a un enemigo extraño (el Islam), la razón vuelca muy pronto su afilada espada al interior mismo de la casa; rápidamente, de una interpretación racionalista del dogma se pasa a cuestiones más concretas de orden político que llevarán a la pérdida de la hegemonía—hasta entonces indiscutible— del poder político del papado. Sin embargo, lo que más impresiona de esta época en el orden espiritual es la rigidez de los principios últimos del ser. Marcada por una dialéctica excesivamente formal, la ciencia de este período se sitúa sin matices en la esfera de lo puramente ontológico con una sospechosa facilidad proclive al maniqueísmo intelectual. En efecto, para una tal mentalidad todo se da entre el ser o el no—ser, sin intermedios existenciales no experimentales posibles o admisibles. Una tal rigidez, rayana en el fanatismo, solo explicable por lo que ya hemos apuntado en la esfera material, y que podríamos llamar la lógica del instinto de conservación a nivel puro. Frente a una situación límite, en efecto, el ser viviente solo admite la ineluctable alternativa de la vida o la muerte, de la verdad o del error, de la salvación o la reprobación, de Dios o el Diabolo.

Con el siglo XV el Occidente adquiere conciencia de su triunfo frente al Islam. El intercambio comercial ha traído consigo la riqueza y hecho aparecer el lujo. Así el trabajo artesanal se ha hecho menos rudimentario y surgen los primeros grandes ingenieros. Cálculo geométrico y observación experimental se unen y dan origen al mayor acontecimiento de la época: la creación del método científico con Galileo Galilei hacia finales del Renacimiento. Desde el punto de vista de lo que hemos llamado “el instinto vital” y que constituye el núcleo básico de la esfera material, lo que predomina es el deseo insaciable de expansión territorial. Una vez conquistado en la lucha por la subsistencia el derecho a la vida, ésta busca expandirse territorialmente. Esto hace de esta época, la era de los grandes descubrimientos geográficos, que llevan incluso al hombre a echar por primera vez en forma rigurosa su furtiva mirada hacia los espacios *celestes*, reducidos por el corto radio de la observación astronómica, a nuestro sistema planetario. El deseo de

expansión solo puede llevar a forjar un paradigma científico en el que predomina lo espacial y lo cuantitativo: nace así la mecánica, primer capítulo de lo que a finales de este período y gracias a la "philosophia naturalis" de J. I. Newton se convertirá en el modelo por excelencia de toda ciencia, la física. Nacido del ideal platónico renacentista de geometrizar la experiencia sensible, el método científico realizará paradójicamente un efecto contrario: destronar a la geometría como paradigma científico, que desde los pitagóricos se había impuesto en forma definitiva en la racionalidad mediterránea. Reuniendo a la vez el ideal matematizante del saber clásico y la verificabilidad experimental del genio nórdico, la física se impone en forma indiscutible gracias al descubrimiento newtoniano de la gravitación universal. La ley, como expresión suprema de la razón, no será más lógica como entre los griegos, o jurídica como entre los romanos, sino científica o experimental, verificable y matematizable a la vez. El descubrimiento simultáneo del cálculo infinitesimal por los hombres que culminan (Newton) este período e inician el siguiente (Leibnitz) no hace sino reconocer a las matemáticas y al saber puro formal en general, el nuevo y disminuido papel que se le asigna: las matemáticas no nos dan lo real sino lo probable; su saber no es absoluto sino funcional; su rigor solo es formal, su verdad es necesaria pero no suficiente... Quien sacará las últimas consecuencias de esta profunda transformación de la ciencia será el genial maestro del período siguiente: Emanuel Kant.

Desde el punto de vista metafísico es el período de la oposición racionalismo—empirismo, manifestada en sus inicios por las opuestas tendencias del apriorismo neoplatonizante del Cardenal de Cusa y el radicalismo crítico de Guillermo Ocam y que llega a su máxima expresión entre el dogmatismo racionalista del cartesianismo y el empirismo escéptico de Hume, reflejo del dualismo experimental—matemático del método galileano. La autonomía de la razón, adquirida en el período anterior a nivel metafísico, se revela en éste a nivel concreto, gracias a la eficiencia y funcionalidad del método galileano. De ahí el énfasis que se da al pensamiento y la tonalidad marcadamente epistemológica de la filosofía de esta época. Esta misma tendencia lleva al hombre a descubrirse como individuo frente al mundo (método científico), frente a sí mismo racional y existencialmente (Descartes y Pascal, respectivamente), frente a la sociedad (Maquiavelo) y frente a Dios (Lutero). El hombre occidental, cuyos remotos orígenes remontan al momento en que emprendió el largo itinerario de autoextrañamiento frente al mundo (Antigüedad), sea recurriendo a la idea del Destino (griegos), sea a la de un Dios Trascendente (Hebreos); frente a la historia (Alta Edad Media) basándose en la ideologización de la teología de San Agustín; y frente a sí mismo (Baja Edad Media) con el descubrimiento de la autonomía de la razón; inicia ahora la vuelta a la casa paterna, para emplear la feliz expresión de Hegel, comenzando con un proceso inverso. La sabiduría de esta época que se expresa de manera particular en la tensa meditación espinocista, no lleva otro fin que el de reconciliar al hombre consigo mismo. El reino del principio aristotélico de no—contradición toca a su fin y se inicia el de identidad.

Desde el punto de vista de los valores culturales, una grave esquizofrenia cultural hace que esta época oscile entre el absolutismo despótico (Doctrina de la predestinación a nivel teológico; absolutismo de las monarquías nacionalistas, a nivel político; jansenismo y calvinismo a nivel religioso y moral) y las formas abstractas y caprichosas del arte barroco. Frente al determinismo absoluto de la razón racionante, o a la necesidad ciega de las leyes físicas, el mundo de lo existencial aparece como irreductible caos. Rehuyendo el necesitarismo ciego y abstracto del pensamiento formal, la libertad se ve reducida a tiránica arbitrariedad. El problema de la libertad y, a través de él, el de la condición humana en su totalidad desencadenan la crisis del racionalismo, que desemboca en las ideologías liberal e ilustrada, dando inicio a una nueva etapa.

Este tercer período, se caracteriza por definir al hombre, no como "sustancia pensante" sino como libertad autocreadora (Kant y, sobre todo, Fichte) histórica (Hegel), culminando así, gracias al monumental sistema hegeliano, en la reconciliación del hombre con el hombre mediante las instituciones de la cultura. Pero el mérito mayor de los pensadores de este período es haber descubierto la densidad ontológica del tiempo, llegando a una concepción dialéctica del ser, a la historicidad de la razón y, en fin, al primado del tiempo sobre el espacio.

Tan profundos cambios tienen su fundamento material en la creación del maquinismo en Inglaterra. Habiendo conquistado su territorio espacial o geográficamente en el período anterior, el instinto vital siente ahora la necesidad perentoria de hacer habitable el espacio conquistado. A través de la tecnologización que realizan los anglo-sajones, la búsqueda de la satisfacción de las necesidades básicas (comer, dormir, tener mejor salud, viajar más confortable y seguramente, prolongar la vida, fortalecer la salud, etc.), se convierte en la preocupación fundamental del hombre frente al mundo. Este aparece a sus ojos más como una cantera a explotar, que como una obra ya hecha a admirar, o como un problema teórico a resolver. La máquina hace que el hombre adquiera conciencia de su poder, no sólo teórico sino práctico frente a las cosas (siglo XVIII) y frente a las instituciones humanas (Revolución Francesa). Tal actitud hace que el hombre mire a la naturaleza no tanto como una sustancia, cuanto como un potencial de trabajo. De ahí que el nuevo paradigma científico no sea más la mecánica de Galileo-Newton cuanto la termodinámica, que define la esencia del cosmos, no como materia sino como energía.

Desde el punto de vista metafísico, Kant opera una verdadera revolución al demostrar que la densidad del pensar metafísico no está en la problematicidad teórica de la ciencia, sino en el quehacer existencial de la libertad. El fundamento último de la ciencia no está en la rígida deducción formal de la razón racionante, sino en la fluida y existencial imaginación creadora. Por eso, tanto el problema del ser como el del conocer se reducen en última instancia, al del hombre. Es frente al enigma de su destino que adquiere toda su seriedad la problemática metafísica. La dilucidación de la condición humana no es un problema teórico, sino práctico, no es un asunto científico sino ético; más que concernir la razón, concierne la libertad. La embriaguez de la libertad recién descubierta, especulativamente a través de la crítica kantiana, concretamente debido a los inconcebibles acontecimientos de la Revolución Francesa, llevan al genio metafísico de los germanos a crear los más extraordinarios sistemas metafísicos desde los griegos hasta llegar a Hegel, cuyo pensamiento domina los dos últimos siglos de la historia del pensamiento.

Pero la libertad no es solo dionisiaco éxtasis, transfigurante sentimiento de infinitud, también es, y con no menor intensidad, angustia solitaria (Kierkegaard) praxis revolucionaria (Marx) y heroica creatividad (Nietzsche). Estos tres grandes críticos realizan la desnarcización del concepto de libertad que, más que un ideal a gozar, nos aparece como un reto a vencer. El hombre plenamente reconciliado con el hombre gracias a la racionalización liberadora de la historia y sus instituciones, con que soñó Hegel, llega a ser la tarea que da autenticidad (Kierkegaard), dignidad (Marx) y creatividad (Nietzsche) al hombre, devolviéndole lo que hasta entonces solo se atribuía a Dios: el ser creador de sí mismo.

Desde el punto de vista político se pasa del socialismo romántico que dio origen a la revolución francesa y se prolongó en los socialistas franceses, hasta el socialismo científico de Marx y Engels, como un esfuerzo por superar el individualismo de la época anterior, buscando definir una libertad colectiva. En el arte (romanticismo) y la religión, el

predominio del sentimiento y de la voluntad terminan con los últimos reductos del racionalismo mecanicista de la época anterior, que llevan al pensamiento a descubrir el valor perenne del lenguaje y la experiencia míticas (Schelling). La imaginación y el sentimiento revelan, así, su irreductibilidad, no sólo a las categorías de la razón racionante, sino también a los estadios históricos de la libertad. La tercera etapa, en que predominaba la libertad, desemboca de este modo en la cuarta, en la que el valor fundamental lo tiene la imaginación, gracias sobre todo a la crítica demoleadora de Nietzsche.

Superada, al menos técnicamente, la necesidad de la satisfacción de las necesidades vitales, gracias al progreso tecnológico, sentía ahora el hombre la tendencia a realizar en concreto el ideal de la imaginación: superar la insalvable barrera del espacio y el tiempo. Gracias a las técnicas de la comunicación y haciendo en nuestros días incluso del concepto de comunicación, la esencia misma de la ciencia en la concepción cibernética de la misma, el hombre está a punto de lograr el sueño de la imaginación y del sentimiento: reducir al mínimo la separación natural espacio-tiempo para llegar a una comunicación que reduzca la humanidad a un vecindario (Mac Luhan). Para que una tal comunicación sea posible se requiere una revaloración de la diversidad, negando el determinismo mecanicista y el monismo termodinámico. Tal es la concepción cuántica de la ciencia que desemboca en el principio de indeterminación de Heisenberg.

Metafísicamente, la revaloración de lenguaje mítico lleva al hombre a reconciliarse con la naturaleza (Heidegger) y a definir el conocer como creatividad imaginativa (Fenomenología). Criterios que privan igualmente en los ámbitos político, ético y estético.

A través de la recociliación consigo mismo y con el otro, habría llegado así la cultura occidental a su última etapa: la de la reconciliación con el mundo a través de la imaginación y el sentimiento. Si las culturas clásicas de la cuenca del Mediterráneo descollaron por su logicidad racional y las nórdicas por su dialecticidad liberadora, nuestros pueblos de América Latina se caracterizan por su emotividad imaginativa. Es por eso que creo que a nuestro genio latino le ha llegado ya su hora.